

LA INFLUENCIA DEL SUR SOBRE LA POLITICA NORTEAMERICANA

Se ha hablado, y continúa hablándose mucho, de aquella área geográfica de los Estados Unidos, que a base de una influencia política determinada viene definida como el Sur. Las discordias y choques raciales, y la postura particular de la sociedad sudista, han concentrado sobre los Estados meridionales el interés de la opinión pública mundial; contribuyendo al mismo tiempo a edificar una especie de leyenda, sobre la cual es necesario recordar que en algunos casos está bastante lejana de la realidad.

En efecto, el Sur de los Estados Unidos, independientemente de su conformación social y económica, tiene una actitud política específica que debería consentirle jugar un papel de primer plano en la vicisitudes nacionales. El cómo y el porqué de que esto no acontezca, lo veremos en este estudio. También examinaremos los aspectos particulares de las corrientes ideológicas que predominando en el Sur contribuyen a imprimirle un rumbo político totalmente diverso del resto del país; tanto sobre el plano histórico como sobre el de las circunstancias.

Sea cual sea el peso del Sur en la política norteamericana, es de cualquier modo evidente que el papel que puede desempeñar, negativo o positivo, es de extrema importancia. No tanto por la influencia que puedan tener los Estados meridionales, como por los reflejos que su postura ideológica pueden determinar en el contexto político nacional.

Evolución histórica de la política meridional.

Los orígenes de la actual actitud ideológica del Sur, han de buscarse en la fase inmediatamente sucesiva a la guerra civil. Antes de 1961, la influencia del partido republicano en los Estados meridionales había sido determinante.

mente, no en el plano organizador, pero sí en lo que concierne a ciertas decisiones de capital importancia. Pero después del conflicto y el decenio llamado de la *Reconstrucción* que transcurrió desde 1867 a 1877, la situación cambió radicalmente.

Con Lincoln y contra la Confederación se habían alineado, incluso algunos portavoces de relieve del partido republicano en el Sur; los denominados *republican radicals* guiados por Thadeus Stevens y Charles Summer. Sobre todo este último, senador de Boston, se había pronunciado contra el esclavismo y en favor de la abolición. Su irrupción le procuró notorias molestias, y fueron célebres sus choques (no sólo verbales) en la Cámara del Senado, con Preston Brooks.

La actitud de este grupo le permitió adoptar una posición destacada, en el período 1867-1877; cuando se trató de establecer el ajustamiento político, social y administrativo de los Estados de la vencida *Confederacy*. En 1865 Summer pidió y obtuvo la extensión al Sur, de la ley que ya estaba en vigor en el Norte, aboliendo la esclavitud. Y durante diez años los *republican radicals* afrontaban los tiempos buenos y malos del Sur postrados en la derrota; atrayéndose el odio de los ex-confederados, y la definición de «enemigos del Sur blanco».

Sobre el plano político, la acelerada liquidación de instituciones seculares (además de la esclavitud), tuvo como consecuencia final la casi total desaparición del partido republicano en el Sur. Hasta 1861, pero de manera particular hasta 1856, los Estados meridionales habían tenido una influencia grandísima, logrando, a veces, determinar la política nacional. Con la desaparición del partido republicano, el peso del Sur disminuyó gradualmente. El partido demócrata había sustituido al republicano, y el Sur no había ganado nada con el cambio.

Por odio al partido republicano, representado en el Sur por las alas radical y filo-nordista, la vieja *Confederacy* humillada por la derrota, se había echado en los brazos de los demócratas. Se trataba de una reacción natural, pero que provocó la gradual declinación de la influencia sudista en los asuntos políticos nacionales. Así mientras al Norte el partido demócrata representaba el ala más avanzada de la alineación política, al Sur era la expresión del conservadurismo nostálgico y fomentador de los intereses que aún se enlazaban con el período pre-bélico.

Con el advenimiento al poder de F. D. Roosevelt, esta situación cambió bajo varios aspectos; y bajo otros, se radicalizó. Roosevelt estableció su polí-

tica articulándola sobre una coalición doctrinaria-étnico-económica, afianzada sobre diversos elementos: trabajo; agricultura; intelectuales; hebreos; negros; etc. Esta vuelta determinante influyó sobre las relaciones entre el partido demócrata y el mundo de la gente de color. También influyó, de maneras diversas, en el Norte y el Sur. En el Norte el empuje progresista se acentuó, mientras en el Sur el partido demócrata se convertía cada vez más en el portavoz de los intereses del mundo blanco en los Estados penetrados y corroidos por la invasión del poder federal.

La situación llegó a tal punto de fricción, que apenas pocos años después de la muerte de Roosevelt, en 1948, el tenue hilo de organización que ligaba la armazón del partido al Norte y al Sur, se desplazó. Y en la Convención de aquel año se tuvo la revuelta de los *Dixiecrats*, los demócratas del Sur y sostenedores del Sur blanco, que rehusaron aceptar la designación de Truman para la presidencia de los Estados Unidos y nombraron un candidato propio: Strom Thurmond.

Desde entonces, el monopolio demócrata en los Estados meridionales comenzó a debilitarse. Remendada lo mejor posible la unidad del partido (aunque no sin que algunos fragmentos intransigentes se quedasen fuera dando vida al *Constitution Party*) se siguió hacia adelante a fuerza de compromisos hasta 1960. En aquel año, la designación de J. F. Kennedy a la Casa Blanca provocó una nueva sacudida. Y sólo a duras penas se evitó una vez más otra revuelta de los *Dixiecrats*.

Pero prácticamente la relación entre el partido federal y los aparatos locales del Sur había llegado a ser puramente formal. En 1964 el caos llegó a ser total. Thurmond, que había vuelto a entrar en las filas y había sido elegido senador, dejó de nuevo el partido (esta vez definitivamente) para ponerse al lado de Barry Goldwater, candidato oficial de los republicanos para la Casa Blanca. Hubo algún otro que no abandonó el partido, pero se comportó como si lo hubiese hecho, adoptando una actitud en abierto contraste con las directivas de la Convención y del aparato central. Este fue el caso del gobernador de Alabama, Wallace, el cual declaró que apoyaría al demócrata Goldwater. El mismo Wallace ha abierto la vía a la revuelta definitiva del Sur contra el aparato central demócrata; constituyendo el Partido Independiente Americano por odio a la dirección asumida por el partido demócrata en el plano nacional. La cabecera del Partido Independiente Americano fue asumida por los portavoces de la izquierda, desde Humphrey a Mac Carthy. Pero esta es una historia recientísima, y no vale la pena de volver a referirse a ella.

El partido demócrata en el Sur.

El período de la *Reconstrucción* (1867-1877) fue verdaderamente terrible para el Sur. La *Confederacy* vencida y hambrienta, debía ser castigada; y por parte de algunos exponentes políticos del Norte (que ciertamente no tenían el espíritu de comprensión y humanidad de Lincoln) se hizo todo lo posible para castigarla adecuadamente.

Pero el susodicho decenio sirvió, si no para pacificar a los ex-enemigos, al menos para hacerles conocer mejor y después de 1877, fue, por tanto, instaurada una especie de coexistencia basada sobre el respeto de ciertos principios que los nordistas habían comprendido que eran básicos para el Sur.

Esta coexistencia, que poco a poco se transformaba en colaboración, fue interrumpida con el advenimiento al poder de F. D. Roosevelt. Acaso bajo el impulso de la crisis terrible de la cual salía Norteamérica, y por la necesidad apremiante de poner del revés todos los términos sobre los cuales había estado articulada hasta aquel momento la vida del país; para demostrar a la opinión pública que el nuevo presidente era capaz de remediar los desgastes de la crisis, con una política casi taumátúrgica, Roosevelt volvió a abrir los problemas que en los años precedentes habían estado adormecidos, si no resueltos; y que poco a poco iban siendo absorbidos por la sociedad norteamericana en continua transformación.

La política de Roosevelt es juzgada severamente por los mismos demócratas (acaso más severamente que por los republicanos); al menos por los demócratas del Sur que acusan al difunto presidente de haber abierto la cuestión racial; fatigosamente acomodada en 1865, con la victoria del Norte, la abolición de la esclavitud, y la instauración de un «modus vivendi» bastante estable entre negros y blancos. Y le acusan de haberlo hecho por motivos puramente electorales, sin preocuparse de las consecuencias.

Sea verdadero o falso este juicio, resulta cierto que las consecuencias de dicha política fueron transmitidas, o mejor dicho, lanzadas en los brazos de los sucesores de Roosevelt. Sobre todo, de los sucesores demócratas, obligados a su pesar a seguir las directivas trazadas por él; bajo pena de una temible baja de popularidad y una acusación de haber traicionado los principios de la «nueva política» instaurada por Roosevelt por cuenta del partido demócrata.

Dicho partido demócrata se encontró, por grados sucesivos, cargando sobre los hombros una herencia pesadísima, y pagando el escote de una valoración

errónea de la situación norteamericana. Así, mientras en el Norte la presión demócrata ha llegado a ser sinónima de liberal-progresista (en sentido norteamericano), en el Sur se ha convertido en sinónimo de conservador y de racista. Y la fractura que dividía el aparato del partido ha ido agravándose gradualmente.

Vista desde este ángulo, la influencia del Sur sobre la política norteamericana es ciertamente negativa. El problema racial típico del Sur, y transportado al Norte al explotar situaciones del todo diversas de las históricas y típicas del Sur, ha llegado a ser un asunto interno de los Estados Unidos que no redundará en honor del país. Un asunto que se trata de definir (tanto por parte demócrata como por la republicana), o al menos de circunscribir para evitar que la nación externa se preste a las críticas desde el exterior. Pero este problema es una de las razones determinantes de la fractura interna del partido demócrata; del renacer republicano al Sur; y del aislamiento en el cual el Sur se encuentra doctrinariamente, y, por tanto, en la imposibilidad de influir sobre la política nacional en condiciones de paridad con el Norte.

Sin entrar en detalles sobre un argumento tan abrasador, haremos notar que, incluso aquellos que han tratado de examinarlo desde un ángulo estrictamente científico, han tenido que comprobar la imposibilidad de dar una respuesta objetiva a todas las interrogantes que presenta la situación. El profesor Carleton S. Coon, de la Universidad de Harvard, o sea, un investigador que no puede ser acusado de «conservadurismo», ha escrito que la razón de los disturbios raciales y de las dificultades de entendimiento entre negros y blancos, están en el hecho de que el negro está retrasado en cerca de 200.000 años respecto al blanco.

Algún otro afirma que no se puede hacer un parangón entre la situación en la época de los griegos y los romanos, y la situación actual de los Estados Unidos bajo el ángulo racial. Entonces el nieto del esclavo y el nieto del expatrón podían contemplarse como iguales sociales; porque, al menos, ambos eran hombres del mismo mundo mediterráneo. En Norteamérica esto es imposible. Y el surco de la incomprensión se ahonda, con daño de los factores humanos y morales, de la estabilidad nacional y la posición del Sur.

De cualquier modo, repito, independientemente de todo juicio del problema, éste forma parte de un determinado contexto político que es típico de los Estados meridionales, y que no se puede prever cuándo y cómo será resuelto. Mientras tanto, es evidente que pesa de un modo macizo sobre las relaciones entre el Sur y el resto del país.

El partido republicano en el Sur.

Las mismas consideraciones hechas para los demócratas pueden valer (aunque en diferentes proporciones), también para los republicanos. Ante todo, porque sobre el plano geográfico son muchos los puntos de contacto entre las dos corrientes; y después porque en la misma posición de la política nacional frente al poder federal, se encuentran también los republicanos del Sur, que a la par de los demócratas son en mayor parte conservadores.

El partido republicano, después de la caída que sucedió a la *Reconstrucción*, ha tenido que remontar fatigosamente la pendiente. Durante largos decenios todo su peso electoral estaba en el Norte, mientras en el Sur al partido le faltaban verdaderamente cuadros y organización. Es evidente que esta larga familiaridad del partido republicano con el Norte ha acabado por influir profundamente sobre su estructura y orientación ideológica. Pero aquí vale la pena de poner de relieve una singularidad.

Hasta hace algunos años, el partido demócrata (gracias a Roosevelt, a Truman, a Stevenson, a los Kennedy) era considerado como el partido de izquierda por excelencia en todos los Estados Unidos. Esto era, a pesar de que todo el Sur, profundamente demócrata, fuese de tendencias conservadoras; lo cual confirma la falta de peso de los Estados meridionales en la política nacional. Por el contrario, el partido republicano rechazado de una zona políticamente conservadora como el Sur, y radicado en los Estados del centro-Norte que por tradición mantienen posiciones liberales (al menos respecto a los conservadores meridionales), representaba el ala derecha de la alineación política nacional.

Estas relaciones se han ido modificando poco a poco. Con la recuperación de ciertas posiciones en el Sur, el partido republicano ha absorbido la mentalidad y las posiciones conservadoras de los Estados meridionales; adaptándose, por otra parte, en el Norte (aunque menos que los demócratas) a las tendencias progresistas allí, generalmente, existentes. En sustancia se puede decir que hoy todo el Sur, tanto sobre los baluartes demócratas, como en los «enclaves» republicanos, se presenta como una alineación ideológicamente homogénea. Mientras en el Norte la colaboración política presenta matices diversos, siguiendo las corrientes del partido, pero con una clara preponderancia liberal.

Desde el ángulo estrictamente político, una selección de los exponentes demócratas del Sur, ofrece solamente el embarazo de escoger. La máxima mayoría es conservadora, es decir, la *Old School* más precisamente. Pero esta comprobación nos conduce a otra observación, la de que los conservadores demócratas del Sur, a pesar de las diferencias de partido, se ligan con los conservadores republicanos del Sur. Pero sobre el plano nacional, sólo en algunas ocasiones es posible ver un frente común entre conservadores demócratas del Sur y del Norte. De hecho las diferencias que median entre unos y otros son relevantes, y conciernen, sobre todo, al problema racial. De aquí la consideración de las dificultades que los promotores del nacimiento de un gran partido conservador con base nacional, encuentran en su acción. Antes o después, dicha iniciativa será realizada (según la opinión corriente), pero es necesario ver cuál será la plataforma ideológica sobre la cuál podrán estar unidos los participantes, dado lo profundas que son las diferencias que contraponen a los del Sur.

Hay que notar que por primera vez, desde hace algunos años, hasta ahora, junto a la masa demócrata de tendencia conservadora, en el Sur se va formando un filón demócrata progresista, que ahora es exiguo, pero puede llegar a convertirse en más consistente. Los «nuevos demócratas», como son llamados corrientemente, tienen sus mayores portavoces en el senador de Texas, Ralph Yarborough; en el ex-diputado de Georgia, Charles Weltner; y en el diputado de Luisiana Hals Boggs que fue presidente de la comisión para el programa de la Convención demócrata de Chicago en 1968.

La existencia de una corriente de izquierda en el ala demócrata del Sur, viene a significar el disentimiento que una minoría muestra ante la actitud de la mayoría; pero también sirve para demostrar que el partido trata de tomar alguna precaución. El día en que el partido demócrata del Sur tuviese que desmoronarse completamente por el transferimiento sobre otras posiciones conservadoras, el aparato central del partido podría tratar de tapan el hueco, sustituyendo a los tráfugas con la corriente de izquierda, que ahora está en embrión. Y es igualmente claro que si las situaciones contingentes no cambian, en la hipótesis de una deserción en masa de los demócratas del Sur hacia riberas conservadoras autónomas, el aparato central, basándose sólo sobre los «nuevos demócratas» para la reconstrucción de sus cuadros correría el riesgo de encontrarse con una máquina electoral que en todo el Sur no podría expresar más que el 1 por 100 o el 2 por 100 de los votos. Tan consistente o inconsistente es la fracción de izquierda entre los demócratas del Sur.

Ya se han pasado los tiempos en los cuales el Sur votaba de modo compacto por los demócratas. A título de ejemplo recordaremos lo que sucedió en 1948; un año crucial para los demócratas, a causa de la revuelta de los *Dixiecrats*. Para las elecciones de la Cámara de Representantes, Mississippi, dio el 100 por 100 de los votos al partido demócrata; Carolina del Sur el 99 por 100 a los demócratas y el 1 por 100 a otros grupos (pero nada a los republicanos); Arkansas el 95 por 100 a los demócratas y el 2 por 100 a los republicanos; Louisiana el 95 por 100 a los demócratas y el 5 por 100 a los republicanos; Texas el 95 por 100 a los demócratas y 5 por 100 a los republicanos; Alabama el 92 por 100 a los demócratas y el 8 por 100 a los republicanos; Georgia el 88 por 100 a los demócratas y el 12 por 100 a otros grupos, y nada a los republicanos. A pesar de todo, el resultado fue de 246 escaños, asignados a los republicanos, y 188 a los demócratas.

Hoy el partido republicano se está rehaciendo, en los Estados meridionales, una «clientela» electoral propia; con una organización propia y cuadros dirigentes suyos. Diremos que esta recuperación se debe en gran parte a la recuperación republicana en el Sur; pero sobre todo al atraso demócrata provocado por las discrepancias de que ya hemos hablado. Es significativo que la base republicana en el Sur esté formada en gran parte, por ex-demócratas. Uno de sus exponentes de mayor prestigio del partido republicano en el plano nacional, es el ex-demócrata senador Strom Thurmond de Carolina del Sur. Y resulta significativo que en 1964 fuese candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos, un hombre del Sur; el senador Barry Goldwater, de Arizona. Es decir, de un Estado en el cual hasta hace pocos años la proporción de fuerzas era de 7 a 3 en favor de los demócratas.

Pero el avance republicano en los Estados meridionales se debe también a los hombres nacidos en lo interno del partido, y no procedentes del área demócrata. Gracias a estos hombres, el partido hace grandes progresos en Florida, en Georgia y en Texas. Aunque sea mediante fracciones electorales cada vez más consistentes, que se desprenden del bloque demócrata y, antes o después, acaban por acercarse a la ribera republicana.

Este avance es debido también al hecho (que no puede olvidarse) de que el partido republicano es conservador en el Sur. Por tanto, los electores y los exponentes demócratas que deciden transmigrar, no encuentran dificultad en dar el gran paso.

El único representante de cierto relieve dentro de la delgada faja de iz-

quierda del partido republicano del Sur, es Winthrop Rockefeller, gobernador de Arkansas y hermano de Nelson («Rocky») Rockefeller.

En fin, hay otro aspecto particular del fenómeno conservador en los Estados Unidos, que merece una consideración particular, con especial referencia al Sur. En los Estados meridionales, lo que en el uso común se viene definiendo como movimiento conservador, tiene un carácter local particular; carácter que se deriva de circunstancias particulares y de la estructura de aquella parte del país.

La verdadera doctrina conservadora desarrollada según los canones tradicionales, se manifiesta en las zonas del centro-Norte, donde los círculos, las iniciativas, y los periódicos conservadores florecen más vigorosamente. Hay que pensar que el mayor número de órganos de prensa, conservadores, se encuentra en California (unos 60), viniendo después Nueva York, con unos 30, Washington, con 40, etc. Otros Estados que son definidos como «conservadores» (según la terminología corriente que, a veces, confunde las posiciones y las actitudes) tienen un número inferior de periódicos de esta tendencia. Georgia tiene 15; Luisiana 10; Carolina del Sur y Alabama 5 ó 6.

Con esto no se quiere afirmar que el conservadurismo norteamericano del Norte sea algo sustancialmente diverso al del Sur. En conjunto, entre uno y otro, existen diversos puntos de contacto. Sólo es necesario tener presente que en el ángulo del movimiento conservador existe una gradación de matices; de corrientes que hacen que si entre el conservadurismo del Norte y del Sur hay diferencias ideológicas, los propagadores del proyectado «gran» partido conservador norteamericano deberán tenerlas en cuenta.

Las conclusiones que se pueden deducir de este análisis llevan a afirmar que los tiempos han cambiado bastante desde 1856; cuando el Sur ejercía una influencia casi determinante sobre la política nacional. Hemos visto cómo en 1948, a pesar de que el Sur había votado en masa por los demócratas, tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado, la mayoría fue para los republicanos; aunque al mismo tiempo fuese elegido un presidente demócrata. Hoy el Sur ejerce una influencia reducida sobre la política interna y externa de los Estados Unidos. Como testimonio de ello bastan algunas consideraciones estrictamente referentes a la forma de presión de los diversos Estados sobre el nombramiento de los máximos cargos del país; es decir, sobre los instrumentos para la elaboración de una línea política.

En 1948 y 1964 Truman y Johnson perdieron el Sur y vencieron fácil-

FRANCESCO LEONI

mente. En cuanto concierne a los republicanos, durante sus largas presidencias (1861-1933) Lincoln, Grant, McKinley, Theodoro Roosevelt, Harding, Coolidge, Hoover; el Sur votó siempre compacto por los demócratas; pero fueron elegidos presidentes republicanos.

Acaso las cosas están cambiando, hoy, lentamente. Pero aún es demasiado pronto para saber si el Sur podrá decir de nuevo una palabra decisiva, o continuará siendo relegado en una posición marginal.

FRANCESCO LEONI.

Traducción de RODOLFO GIL BENUMEYA.